

Los tres primeros candidatos

H. Javier Marquínez

Guillaume, que después será el Hermano Javier, tuvo que pensar durante unos días la propuesta que le había hecho el Padre Coindre. Eso de ser religioso no era una cosa que se pudiera decidir a la ligera. Consagrarse en pobreza, castidad y obediencia suponía renunciar a la propia libertad para entregar a Dios la brújula de tu vida. A Guillaume, antes de marcharse de su casa en los Alpes, su padre solo le había dado dos consejos. El primero, que si quería ganar amigos, tenía que usar con cierta destreza dos armas ante las que todo el mundo cae rendido: la cortesía y el dinero. El segundo, que no prometiera nada que no fuera capaz de cumplir. Así que pensó cuidadosamente en los compromisos que asumía al hacerse religioso y, al cabo de unos días, en un descanso de sus obligaciones en el taller, se acercó al Padre Coindre:

—A pesar de que todavía soy joven —inició la conversación el contramaestre de taller—, ya he conocido todo lo que me puede ofrecer el mundo. No encuentro en sus placeres más que insatisfacción y vacío, así que acepto su propuesta para ser hermano de los Sagrado Corazones de Jesús y de María.

—Usted va a ser el primero de esta pequeña congregación —dijo Coindre emocionado, abriendo sus brazos para fundirse en un abrazo con su joven amigo y discípulo—. Desde este momento le confío de una manera particular esta nuestra primera casa de Lyon.

Guillaume no comprendió en aquel momento el significado de esas palabras. Pensaba que el Padre Coindre, siendo una persona joven, solo algo mayor que él, iba a estar para siempre al cuidado de aquella casa, como lo había hecho hasta ahora: pagaba a los obreros, hablaba con los fabricantes, conseguía la seda, reclutaba nuevo personal. Así que en aquel momento no se preocupó demasiado de las palabras que le había dicho el sacerdote.

Antoine Genthon, que también había recibido la misma invitación del Padre Coindre, estuvo algún tiempo meditando la respuesta. Después de algunos días ensayando los diversos modos de decir que no, al fin se acercó al sacerdote:

—Lo siento padre, pero no puedo aceptar su ofrecimiento —comenzó Antoine bruscamente la conversación, tanto que Coindre quedó algo desconcertado.

—No se preocupe muchacho —dijo el Padre Coindre como en una disculpa—. Esto es una invitación, no una orden divina. Dígame cuáles son sus sentimientos, porque no me gusta verle apenado.

—Usted ha confiado mucho en mí —se animó a hablar con franqueza el joven Genthon—. Desde que me contrató hace ya tres años para cuidar a los primeros niños de la providencia en la celda de la Cartuja, no ha dejado de darme oportunidades y ofrecerme todas las posibilidades para aprender y ser cada día un poco mejor. Ahora, al decirle que no, pienso que estoy devolviendo mal por bien, ingratitud a cambio de todas las cosas buenas que usted me ha dado.

—Entiéndame bien —replicó el sacerdote con una sonrisa en sus labios—. La invitación que le he hecho no se puede responder a la ligera. Usted ha cumplido con su parte y ha visto que la vida religiosa no es su camino. Dios está contento con su respuesta, y también con usted —Coindre se

detuvo un momento—, pero no me gustaría perderle para la providencia. Espero que continuará atendiendo a estos muchachos que tanto le quieren.

—Muchas gracias Padre Coindre, pero no va a poder ser. Estos días me han servido para calibrar la medida de mi entrega a la educación, y he visto que prefiero una vida menos expuesta a la opinión de los demás, más libre de ataduras personales que las que tiene habitualmente un maestro.

—¿Y entonces, qué piensa hacer? —dijo Coindre.

—Sabe que tengo cierta amistad con los dueños de la librería Perisse —respondió el muchacho como excusándose de haber encontrado ya una ocupación fuera de la providencia— Alguna vez me han insinuado que ahí sería bien recibido en caso de que tuviera necesidad de un trabajo. Creo que es la primera puerta a la que voy a llamar.

—También son amigos míos —dijo Coindre—. Es un sitio excelente para llevar una vida sana y feliz. Que Dios le bendiga, hijo mío. Sepa usted que las puertas de esta casa las tendrá siempre abiertas.

Al día siguiente, sin esperar a otra cosa, Antoine se marchó de la providencia. Guillaume se quedó solo al cuidado de los 15 muchachos que estaban mañana, tarde, y noche en el Piadoso Socorro. Esta situación de trabajo extenuante, sin embargo, no duró demasiado tiempo. En diciembre de 1820 llegó François Porchet, un chico de 18 años que Coindre había contratado para ser institutor de los alumnos. François había seguido estudios en una academia de Lyon y había conseguido la capacitación para ser maestro de enseñanza elemental. A estos muchachos, porque generalmente era gente muy joven, que tenían la capacitación para enseñar, pero no estaban asignados a ninguna escuela, se les llamaba institutores. François enseguida comenzó a ocuparse de las clases de lectura, escritura y cálculo. Era un maestro culto y competente, respetado por sus alumnos por el modo tan claro de explicar las cosas y ponerlas al alcance de los muchachos con menos formación, siempre con la humildad como tarjeta de visita. Desgraciadamente no parecía tener buena salud. Además de tener una pequeña dificultad en uno de sus brazos, estaba siempre con una tos seca y persistente, y algunos días, sin razón aparente, amanecía tan cansado que no podía levantarse de la cama.

Solo un poco más adelante llegó un nuevo joven que había sido reclutado por el Padre Coindre. Se llamaba Claude Mélinond y tenía 22 años. Él mismo explicó su situación:

—En el retiro que predicaba en mi pueblo, el Padre Coindre me pareció un hombre lleno de santidad. Sus palabras tocaron mi corazón y me entró un enorme deseo de ser como él. Cuando fui a decirle que yo también quería consagrarme para servir a Dios, me recomendó que viniera a Lyon, a esta casa, para ser miembro de una congregación que deseaba fundar .

—Nosotros también estamos comprometidos en la misma empresa —dijo Guillaume que, junto a François, escuchaba atentamente al recién llegado—; y también ha sido el Padre Coindre el que ha encendido la llama de nuestro corazón.

Claude había nacido con una deformidad en los pies y aunque era capaz de moverse de forma autónoma, no podía ocultar una cojera muy ostensible. Había asistido a la escuela de su pueblo, Belleville, pero no había adquirido el grado de formación necesaria para ser maestro. Como tampoco manejaba los telares, el Padre Coindre le encargó el cuidado de la portería del Piadoso

Socorro, tarea que desarrollaba con una bondad y dulzura que asombraban a aquellos muchachos acostumbrados a la dureza de la vida y el tratamiento desprejuiciado de los bajos fondos. La humildad de Claude, su deseo de servir, la vida interior que reflejaba en su humilde puesto, eran el mejor reclamo de aquella casa que estaba naciendo a la sombra de la prisión y bajo el sol de la misericordia.